

Mas á los que se acercan á su altura,  
Así se muestran en grandeza bellas,  
Que ya no son estrellas, mas sin cuento  
Islas de oro sembradas por el viento.

Es el cielo una masa soberana,  
Limpia, clara, sutil, sin mezcla alguna,  
Mas que el aire delgada y mas liviana,  
Sin impresion ni alteracion ninguna,  
Por donde vuela el sol cada mañana,  
Y las estrellas corren tras la luna,  
Como las aves por el fresco viento  
En vuelo igual, y sesgo movimiento.

Así las islas Cíanes moverse  
Solian sobre el Bósforo de Tracia,  
Y con nuevas riberas estenderse  
Hacia el crespó Carambe, ó la Sarmacia;  
Y sin hundir las olas, ni esconderse,  
Medir con su inconstante pertinacia  
Del un polo y del otro las anchuras,  
A sus libres y sueltas aventuras.

Y así tambien por el delgado cielo  
Volando vemos ir sus globos de oro,  
O bien como ahora en sosegado vuelo,  
O cual sospechan en cantar sonoro,  
Lloviendo en harajado curso al suelo  
De sus varias vislumbres el tesoro,  
Y midiendo los años y los dias  
Con luz ardiente, ó con tinieblas frias.

#### ALEGORIA.

En este libro, epilogo de las grandezas de España, se muestra que lo importante de la virtud, mas consistió en las obras, que en las palabras; y que el punto de la honra, mas está en merecerla, que no en celebrarla; pues España, atenta á mostrar su valor por obras, tan poca cuenta ha hecho siempre de encarecerlo con palabras: al revés de otras naciones, que de cualquiera menudencia se han preciado de hacer grandes catálogos.

#### LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Malgesí su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndese el Leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo, y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido.

IBA el barco tan alto, que pudiera  
Aferrar con el áncora en la luna,  
Y tomar puerto en ella, si quisiera  
Ver el mudable reino de fortuna;  
Y no allí solo, en sola aquella esfera,  
Mas en todas pudiera de una en una,  
Que como islas doradas á porfia,  
Que nacen unas de otras parecia.

Así á los que huyendo las riberas  
De la bárbara Peucen, si el camino  
Toman, dejando el Ponto y sus laderas,  
A ver de Chio el regalado vino,  
Las Cícladas les van naciendo enteras  
Por el golfo á su estrecho mas vecino:  
Aqui Scirno, allí Lesbos, allá Amato,  
Y el Naxo puerto de un amante ingrato.

Y por el cielo así al cubrirse el dia  
Islas se fueron descubriendo de oro,  
La húmeda luna, la montaña fria  
De Saturno, y de Venus el tesoro,  
Su lucero amasado de alegría,  
De Marte el ronco estrépito sonoro,

Y la mayor fortuna que en su cumbre  
Joviales rayos da de alegre lumbre.

El sabio que en los ángulos del cielo  
Tan cerca vió la celestial milicia,  
De oír el son de su compuesto vuelo,  
Y ver sus globos de oro se acudicia:  
Y ya perdiendo de la vista el suelo,  
Del mundo superior dió así noticia,  
A aquellos que primero de la tierra  
Las pobrezaas contó que su orbe encierra.

¿A quién no admira tu saber profundo,  
Oh arquitecto de amor, rey soberano,  
Si el uno considera y otro mundo  
Divina traza de tu heroica mano?

¿El dulce contrapuesto amor fecundo,  
De su engage inmortal nudo galano,  
Conque su bien medida arquitectura,  
Si quedó mas hermosa, es de mas dura?

¿Este reloj de universal concierto,  
En ruedas, cursos y ejes tan medido,  
Que al sabio punto del primer acierto,  
Ni en tiempos ha ni en vueltas desmentido,  
A quien no admira, y deja descubierta  
De su autor el saber nunca sabido,  
Que ser le dió en su idea antes que fuese,  
Ni una esfera tras otra se moviese?

Allí estrellas labró, allí movimientos,  
Cielos, luces, planetas, conjunciones,  
Signos, centro, epiciclos, detrimientos,  
Puntas, gozos, caída, esaltaciones,  
Casas, orbes, apogios, decrementos,  
Solsticios, cursos, vueltas, estaciones,  
Aspectos, rayos, aujes, deferentes,  
Climas, ruedas, esferas, y ascensiones.

El firme engage y armonia de cosas,  
Tan á plomo y compas encadenadas,  
Sin que haya una demás, todas forzadas  
A conservar un mundo enderezadas:  
En esto con sus vueltas presurosas  
A todos tiempos y horas ocupadas,  
Produciendo conforme á sus aspectos  
Una infinita variedad de efectos.

Si solo un cielo en nuestro mundo hubiera,  
Todas las cosas fueran de un tamaño;  
O siempre otoño, invierno, ó primavera,  
O todo plata, cobre, ó todo estaño:  
Nada se renovara, ni muriera,  
Ni en mil edades se acabara un año,  
Y el mundo en rueda fuera una pintura  
De unos mismos dibujos y figura.

A este fin el segundo movimiento  
Fue á las humanas cosas necesario,  
En que hacen debajo el firmamento  
Siete ruedas de luz curso contrario;  
Y mudando de casas y de asiento  
Un concurso revuelven ordinario,  
Con que del suelo las alegres vidas  
Unas ganadas van, y otras perdidas.

Lo que Saturno rompe y menoscaba,  
Júpiter lo reforma y consolida,  
A Marte temple la aspereza brava  
Del sol la antorcha de cristal lucida:  
Alegra Venus, y Mercurio agrava,  
El bien ó el mal; la luna repartida  
En mil rostros ayuda y favorece,  
Y así la variedad del mundo crece.

Estos aspectos, estas mutaciones  
De signos y planetas diferentes,  
La variedad nos dan de inclinaciones,  
Y sucesos del mundo y de sus gentes:  
Ciencias, habilidades, gracias, dones,  
Pechos villanos, ánimos valientes,  
Fuerza, disposicion, brio y belleza,  
Rica abundancia, y áspera pobreza.

Esmáltanse los campos de sus flores,

Brota el jazmín, y crece la azucena,  
El ambar nace, y los demás olores  
La tierra dejan de perfumes llena:  
El hierro, plata, el oro, y las mejores  
Perlas que dió la mar, y vió su arena,  
Prados, yerbas, frutales, bosques, fuentes,  
Destas mudanzas toman sus corrientes.

Y el mundo al fin, que sin los cielos fuera  
Sombrio desierto, claustro tenebroso  
Con el invierno es, y ahí la primavera  
Vergel florido, y campo deleitoso:  
¿Quién trazó esta armonía? ¿en qué manera  
Su edificio se hizo milagroso?  
Antes de fabricarlo, ¿dónde estaba  
El gran saber que su beldad pintaba?

De lo que fue en los siglos eternos,  
Cuando aun no bien el mundo habia nacido,  
¿Qué razon se hallará entre los mortales?  
¿Quién lo oyó? ¿quién lo supo? ¿quién lo vido?  
¿En qué cimiento, sobre qué puntales  
A la tierra se dió asiento medido?  
Al enarcar las bóvedas del cielo,  
¿Quién sus cimbras trazó? ¿quién dió el modelo?

¿De qué veta salió la pederria  
Que en ellas desde acá vemos sembrada?

¿De qué conchuela de oro nació el dia?  
¿Y al sol quién le vistió su luz dorada?  
El alba, y sus celajes de alegría,  
¿De qué pasta de nacar fue amasada?  
¿De qué sutil y soberano aliento  
El aire adelgazó, y respiró el viento?

¿De qué limpio cristal el agua pura  
Su licor destiló fresco y suave?  
¿Quién le vistió á la nieve su blancura,  
Y sus alientos de volar al ave?  
¿Desta inmortal lazada la hermosura  
Qué ojos la vieron dar? ¿qué sabio sabe  
Su duracion, el tiempo que le queda,  
Y cuantas vueltas faltan á su rueda?

Si ya quisiese el brazo soberano,  
Que aun lo que ser no tiene le obedece,  
Deshacer con la fuerza de su mano  
El mundo, y cuanto en él crece y descrece,  
Y lo visible vuelto en aire vano,  
Si huyendo de su ser desaparece,  
Porque gusta de hacerlo de otro modo,  
Siéndole fácil y posible todo;

Quando esta inmensa máquina abreviada  
Hubiese á su primer no ser venido,  
Y con divinas fuerzas apretada



A un punto indivisible reducido:  
Lo que ahora vive, convertido en nada,  
¿A qué nuevo lugar se habria huido?  
De nuestras cosas, y de nuestro mundo,

¿Quién llevaria las nuevas al segundo?  
¿Mas dónde va mi pensamiento ahora?..  
¿Oh lo que puede un levantar al cielo  
Los ojos! que el gran bien que dentro mora

Al mas caido espíritu da vuelo:  
Desta mi digresion fue causadora  
La luz de su beldad, ante ella apelo;  
Y vosotros, oh nuevos linceos sabios,  
Su hermosura escuchad puesta en mis labios.

Ved en la cumbre y bóvedas distantes  
De la altura del mundo dos centellas,  
Que los zelos de Juno hicieron antes  
Osos feroces, y el amor estrellas:  
Y la rica guirnalda de diamantes,  
Que de Ariana ciñó las sienes bellas,  
Sobre los hombros de oro por mas fiesta,  
De un perezoso carretero puesta.

El frio dragon que en roscas de oro al polo  
Como un rio de estrellas se dilata,  
Y Hércules que sobre él en un pié solo  
Su clava esgrime de encendida plata:  
La grave lira del sonoro Apolo,  
Que en el leon ardiente se remata,  
Y sus luces esconde cuando entero  
Del mundo se despide el turbio enero.

Ahora deba á sus cuerdas la armonía  
Que un tiempo oyó Pitágoras, el cielo,  
O el blanco cisne le haga compañía  
Tambien en el cantar, como en el vuelo;  
Que despues que de Aquiles la porfia  
Volvió en ligera pluma el blanco pelo,  
Con nuevas alas sobre el frio polo  
Subió á buscar la citara de Apolo.

De Andrómada la bella el padre anciano  
Es aquel rey de la tiznada gente,  
Que rubia estrella hecho, vuela ufano,  
Del Capricornio en la arrugada frente:  
De Casiopea el trono soberano,  
Sentado en el torcido Cancro ardiente,  
Y en el sagaz Perseo la cabeza  
Del Gorgon vuelta á su primer belleza.

Del triángulo son esas las centellas  
Que hacen corona al vellocino de oro,  
Y Andrómada desnuda en medio dellas,  
Lloviendo aljófar de importuno floro,  
A un peñasco ligada hecho de estrellas,  
Dos signos antes del florido Toro;  
Que aun sobre el firmamento levantados  
Los peces nadan por sus piés dorados.

El monstruo de la saugre de Medusa,  
A quien sobre la clin la mano puesta,  
El frio Aquario de verter no escusa  
La urna de nieves y cristal compuesta;  
Sus cerdas ahora en tempestad difusa  
De aguas se lave, ó en carrera presta  
Quiera sobre el de aquel tupido velo  
Huirse á mas templado y fértil cielo.

El delfin que á Arion en sus espaldas  
Apoyó un tiempo, y ahora alumbró el mundo,  
Y la saeta con las manchas pardas  
De la Idra negra, y su veneno inmundo:  
El águila real de uñas bastardas,  
Que de Troya robó el parto fecundo,  
De adonde trasladado á mejor plaza,  
De néctar sirvió á Júpiter la taza.

El Ofiuco soberbio serpentario  
Aquel es, y el dragon en oro abierto  
Le da en el cuerpo nudo extraordinario,  
De estrellas todo y claridad cubierto:  
Y entre el Tauro y el Géminis el vario  
Eritronio, que es hombre en sierpe enjerto,  
Con los otros seis signos, cuyo vuelo  
Corre por este cóncavo del cielo.

Mirad tambien del Orion armado  
A esotra parte del contrario mundo,  
El ceño horrible, el tahalí dorado,  
Con que altera, y amansa el mar profundo:  
El sirio Can en llamas abrasado,  
Con la luz del primero y del segundo,

Que el cielo alegran, y su fuego ofende,  
Cuando en mas rayos de oro el sol lo enciende.

Ved como de ambas luces temerosa  
Huyendo la estrellada liebre vuela,  
Y del griego Jason la nave hermosa,  
Que fue del navegar primera escuela:  
De Alcides la ancha hidria cavernosa,  
Que así su plateada escama yela,  
Que á enfriar puso en su nevada plaza  
Ganimedes de Júpiter la taza.

El negro cuervo, blanco antiguamente  
Quando era paje de Coronis bella,  
De llamas de oro allí resplandeciente  
Hecha de luces da una ardiente pella:  
Y el centauro Chiron, ayo prudente,  
De Aquiles y Esculapio vuelto estrella,  
Y allí el cruel rey de Arcadia lobo hecho,  
De luces lleva remendado el pecho.

El ara en otro tiempo ardiendo incienso,  
El mudo pez, la incógnita ballena,  
El Eridano hermoso á quien dan censo  
De ámbar las arboledas de su arena:  
La rueda de Ixion, que en cerco inmenso  
De estrellas, resplandor y luces llena  
Compone un cielo aparte, y el milano  
Que volvió rica á Júpiter la mano.

Así por la ancha máquina del cielo  
Notando el sabio iba aspectos varios,  
Con prudente midiendo y fértil vuelo  
Efectos uniformes y contrarios:  
Mas yo que por tan alto paralelo  
Fuera voy de caminos ordinarios,  
Al bajo suelo vuelvo, no suceda,  
Trastornar dos Faetones una rueda.

Que en tanto que ellos por region tan nueva  
Gozando van del celestial tesoro,  
Bernardo en la espantosa oculta cueva  
La luz bebiendo está de un rayo de oro,  
Que con prudente pase á dar le lleva  
De la escondida gruta al mejor poro,  
Que le escupió de su profundo entierro  
Al pié florido de un vistoso cerro.

Conoció por las señas el Parnaso  
De dos puntas que buscan las estrellas,  
Y en moderado aliento y grave paso  
Subiendo fue por las vertientes dellas:  
La senda inculta y el camino escaso  
Advierte que hay de allí á sus cumbres bellas,  
Y el confuso escuadron que al pié del monte  
Horrible hace y bárbaro horizonte.

Los monstruos digo, que la ebúrnea puerta  
De aquellos valles lóbregos vomita,  
Cuya escuadra con trápala y relierta  
Cercada va de confusion y grita:  
En estraños visajes descubierta  
La vana inclinacion á que la incita  
El brutal gusto del brebaje extraño  
De la dorada taza del engaño.

Púsose á ver el español guerrero,  
De una alta peña por un breve rato,  
De aquel descuadernado vulgo fiero  
El tropel ciego y bárbaro rebato:  
Las nuevas sendas en que un mundo entero  
Sin rienda corre al diferente trato,  
Que ahora sea justo, ahora injusto,  
A cada cual le trae y pide el gusto.

Iban á dar con ejercicios varios  
Por marañadas sendas y caminos,  
(Aun en oficio y opinion contrarios,  
Que tambien hay contrarios desatinos)  
A un gran palacio, cuyos lacunarios,  
Y almenajes de lazos peregrinos,  
De fuera un cielo hacen, y de dentro  
Son de desórden y locura el centro.

El meson y hospedaje de la luna

Este alto alcázar lóbrego se llama,  
Hospital de los locos de fortuna,  
Que á tiento siembra el bien y el mal derrama;  
Donde apenas de mil cabezas una  
De los ramos se libra desta rama;  
Que en nuestra infima esfera y tierra obscura,  
¿Quién hay sin senda ó ramo de locura?

De esfinges, hidras, sátiros, briareos,  
Faunos, arpias, ciclopes, quimeras,  
De centauros, gigantes y pigmeos,  
Cubiertas van del monte las laderas:  
Scilas, Caribdes, y otros monstruos feos  
De hermafroditas trazas y maneras,  
Cada uno por su senda y su camino,  
Tras su amor discurso y nuevo desatino.

Una envidiosa Aglaura, convertida  
En dura piedra; un Midas avariento,  
Que de las mesas de oro sin comida  
Ayuno queda, y se levanta hambriento;  
Un Argos, velador de ajena vida,  
Dormido á su importancia, y soñoliento;  
Una Aragne sutil, que es cuanto toca  
Tejer ajenas vidas con la boca.

Un Licao en lobo, que se traga  
La sangre y el honor de su vecino;  
Un Calidonio jabalí, que estraga  
Cuanto se encuentra y halla de camino:  
Atis, un vano amante, que por paga  
De su amor queda convertido en pino;  
Una obstinada Niobe de peña,  
Y una arrogante Antígone en cigüeña.

Un Anteon en ciervo, que sus perros  
Por cazar él á otros, le dan caza;  
Un cruel Edipo, que entre duros hierros,  
Por sus dos hijos la garganta enlaza:  
Un ruiseñor cantando ajenos yerros,  
Medeas, que de sus carnes hacen plaza;  
Y mil Prognos de tocas albeñadas,  
Que sus hijos ó hijas dan guisadas.

Cadmos aquí y allí vueltos dragones,  
Mil Cécropes en simias burladoras,  
Hipómenes y Atlanta hechos leones,  
Y en grajas las Pyeres burladoras,  
Contra mujeres nuevos Pigmaleones,  
Y ellas en habla y músicas sonoras  
Sirenas vueltas ciegas los sentidos,  
Que quedan por sus costas destruidos.

Un Proteo, un Vertuno, que se muda  
En diferentes formas cada rato,  
Y con lisonjas de alcanzar no duda  
De la mesa del rey el mejor plato:  
Y otro menos discreto, que se anuda  
Como yedra á un estéril olmo ingrato,  
Que en tanto pueblo de malicias lleno  
Bien cabe el asno inútil de Sileno.

Los gigantes pigmeos, contra el cielo,  
Y los que de anchos hongos producidos  
Tan nuevo fingensu linaje al suelo,  
Que apenas quieren de hombres ser nacidos;  
Mas fuera del humano paralelo  
Darse en nuevas fantasmas convertidos,  
Con el ropaje que les dió de nuevo  
Del dulce engaño el venenoso cebo.

Todas estas fantásticas figuras,  
Que en contrahechos bultos de animales,  
Por las cavernas van saliendo obscuras  
Al teatro de las lumbres celestiales,  
Del sacro monte puesto en las alturas,  
Ajeno contemplaba de sus males  
El discreto español, á quien el hado  
Igual le dió la luz con el cuidado.

Y sin dar paso atrás por el camino,  
Que ya se muestra en el subir mas llano,  
De un collado á la alegre cumbre vino,  
Puesta á la sombra de un laurel lozano,

De donde en un confuso torbellino  
Venir sin orden vió un vulgo liviano  
Contra el sagrado monte, cuya sierra  
Al mundo su mayor tesoro encierra.

Y por la senda que delante tiene  
Correr la posta mira á un caballero,  
Que á dar el prevenido aviso viene  
Del ciego vulgo y campo vocinglero:  
»Huid, dice, señor, huid, que conviene,  
Huid á lo mas alto, huid ligero,  
Que el confuso escuadron del vulgo triste  
Al sacro monte sin piedad embiste.»

Y sin mas aguardar á toda rienda  
Volando pasa la montaña arriba,  
Sin que el español jóven nada entienda  
Del temeroso sobresalto en que iba:  
Bien que por ver la desigual contienda,  
Con que al monte el confuso vulgo arriba  
Entre una hueca polvorienta nube,  
Al crespo gajo de un peñasco sube.

De allí acercarse mira á la montaña  
El monstruoso rebaño de quimeras,  
Que en cuerpos de hombres traen (¡cosa extraña!)  
Enjertos rostros y ánimos de fieras:  
Melancólico sueño que le engaña  
Juzga de tantos monstruos las maneras,  
Los corvos dientes, los torcidos lomos,  
Y gruesos labios de testuces romos.

En bayo desbocado frison viene,  
Sin firme freno ni compuesta silla,  
Un hinchado jayan, que el cargo tiene  
De capitán de la infeliz cuadrilla:  
Y el potro, sin bocado que le enfrene,  
Aquí le encumbra, y acullá le humilla;  
Tras él su gente, que en seguirle en todo  
Sabe, y no en mas guardar sin orden modo.

Son todos á un compás cortos de vista,  
Causa que nadie venga sin antojos,  
Y aunque unos de una, y otros de otra lista,  
De grandes lenguas y pequeños ojos;  
Que el necio es importuno coronista,  
Y cuanto alcanza y sabe, por antojos:  
Sin armas; que las suyas mas atroces  
Son en vez de razon confusas voces.

Era, sabed, señor, el gran fracaso  
De la canalla bárbara importuna,  
Que á saquear acometió el Parnaso  
Los necios del meson de la Fortuna,  
Que en cuarto aparte con celebró escaso  
Los rostros adivinan de la luna,  
Y ahora de viento las cabezas llenas,  
De la gavia han rompido las cadenas.

Salieron todos del convento oculto  
A gritos pregonando sus locuras,  
Como en la misa suele el pueblo inculto  
Con voces espantar las sepulturas:  
Y de un ciego escuadron el negro bulto  
Mal formadas endechas brama á obscuras,  
Inquietando en confusas vocerías  
De sus difuntos las cenizas frias.

En ridículos gestos y visajes  
La inútil descompuesta escuadra corre:  
Unos en huecos y anchos personajes  
Su pompa quieren que sus pasos borre:  
Otro que su habla sirva de celajes  
Que su ignorancia cubra, y él ahorre  
Con prevenidos dichos aparentes  
La opinion que no alcanza en los oyentes.

Quién, al arco de un vano amor fingido  
Idolatrando va en unos cabellos:  
Quién con un cerco piensa mal medido  
De los cielos saber cuanto hay en ellos:  
Quién, hecho un torpe mozo desabruido  
Los otros quiere á golpes deshacerellos:  
Y quién, averiguar con grave celo

Lo que viste el cabron ¿si es lana, ó pelo?

Quién, de la barba encrespa la guedeja,  
Por hacer mas robusta la figura;  
Quién, se finge leon, siendo de oveja  
Un hinchado pulmon de sangre obscura;  
Quién, por parecer niña, siendo vieja,  
Desplega el rostro, y pliega la cintura,  
Haciendo en sus historias y entremeses,  
Los meses dias, y los años meses.

Quién, buscando arboles desentraña  
Las ricas conchas que la Arabia cria,  
Quién, los de su florido rostro empaña  
Comiendo tierra desabrada y fria,  
Quién, con fingida hipocresía engaña  
Al que sin recatarse dél se fia,  
Y en el cielo los ojos, con la mano  
El corazon le roba al mas cercano.

Admirado dejó al valiente godo  
El delirar de la ignorante gente,  
Y cuan fuera de término y de modo  
De sus locuras iba la corriente:  
Cuando en nuevo alarido el campo todo  
Del monte dió en las faldas de repente,  
Perturbando con ánimos crueles  
La agradable quietud de sus laureles.

Cogieron vanamente humildes flores  
De las que en el vallar del bosque habia,  
Y pudieran los riesgos ser mayores  
En daño á la sagrada compañía  
De aquel que con dorados resplandores  
Rastrando trae tras su carro el dia,  
Que á visitar bajaba en la espesura  
De Adonis la florida sepultura:

Si el gallardo español al torpe asalto  
Con la desnuda espada no hiciera  
De la alta peña un atrevido salto,  
Que fue del monte la primer barrera,  
Cuyo invencible brazo al campo falto  
Estrecho freno puso de manera,  
Que á fuerza de rigor suspendió el paso  
De la hurtada subida del Parnaso.

Y allí esgrimiendo la luciente espada,  
A este asombra, aquel mata, al otro hiere  
De tajo, de mandoble, y de estocada,  
Uno cae, otro huye, y otro muere:  
Con barba adulterina y alheñada  
Un embustero le aguardó, que quiere  
En negra tizne y vano posatiempo  
Las canas esconder, y atar el tiempo.

Llévle de los dos carrillos uno,  
La costa haciendo menos y el trabajo,  
Y á otro en su afectado brio importuno  
Contrecho le dejó de un altibajo:  
A uno de graves pasos sin ninguno,  
A otro el cerebro le rompió de un tajo,  
Cuya herida exhaló mas vano aliento  
Que contra Eneas sopló el señor del viento.

Y él cercado de incautas sabandijas  
Un importuno enjambre le persigue.  
Tal que en triste esgrimir voces prolijas,  
Adonde quiera sin piedad le sigue:  
No de Aqueronte las nocturnas hijas,  
Cuando del mundo su rigor consigue  
Tiránica victoria, mas espanto  
Los gritos causan de su horrible llanto.

Ni en mayor confusion andan las cosas  
En sus sangrientas manos barajadas,  
Que en aquellas escuadras monstruosas,  
De diversas fantasmas amasadas:  
El rubio Apolo con sus nueve diosas,  
Del súbito alarido alborotadas,  
Del monte se voló á la enhiesta cumbre,  
Que al cielo incienso da, y al mundo lumbré.

Alegre el sacro coro en honra mira  
Del español mancebo las batallas,

Y el brio gallardo en que revuelve y gira  
Del limpio acero las turbadas mallas:  
El aliento y valor con que retira  
De los fingidos monstruos las canallas  
Que huyen dél como volando sube  
Del hueco humo la liviana nube.

Ya el alterado vulgo alharaquiento  
Medroso á la esperiencia de la mano  
Del gallardo leonés, por huir sin tiento,  
Cayendo iba en los senos de un pantano:  
Cuando arrogante en contrahecho aliento,  
Mas que pluma el jayan salió liviano  
En frison, que en menguante luna nueva,  
Sin freno aquí y allí le trae y lleva.

Pensó hundirlo á descompuestas voces  
La aplomada figura corpulenta,  
Y que él á espantos, y su potro á coces  
En breve dieran de su orgullo cuenta:  
¿Mas de qué fruto son gritos feroces,  
Si el alma sus corajes no alimenta,  
Y al compuesto español medir le agrada  
El corte de su lengua al de su espada?

Por ella le embasó una aguda punta,  
Y de un diestro revés le abrió un costado,  
Con que sin alma la amasada junta  
De desconciertos vino al verde prado:  
(¿Caso extraño!) la máquina difunta  
Apenas midió el suelo arbolado,  
Cuando los monstruos que su campo encierra  
Los unos se hacen á los otros guerra.

Bernardo que de aquella inútil gente  
Libre se vió, y desocupado el paso,  
Por su primer camino diligente  
Buscando va las cumbres del Parnaso:  
Cuando del escuadron resplandeciente,  
Que los cristales guarda de Pegaso  
Rodeado se vió, y que en nueva gloria  
El parabien le dan de la victoria.

Y en pago al gran servicio de su mano,  
El dios que al rubio sol presta la lumbré,  
En nueva pompa y triunfo soberano  
Del monte le subió á la excelsa cumbre,  
Adonde en medio de un florido llano  
Se descubre la ilustre pesadumbre  
Del templo heróico de una diosa santa,  
Que al tiempo vence y á la muerte espanta.

Las dóricas columnas levantadas  
De lustroso cristal y jaspe obscuro,  
De cuatro en cuatro en proporcion sentadas  
Cien arcos forman en lugar de muro,  
Con otras tantas bóvedas grabadas  
En finos lazos de oro y mármol duro,  
Adonde en forma esférica se alija  
Del edificio la primer cornija.

Sobre ellas de acroterias levantada,  
En compuesta labor y arquitectura,  
La fábrica feliz sube cargada  
De mas precio, mas gala, y mas liechura,  
De siete hermosas torres coronada,  
Que á las nubes igualan en altura,  
Con chapiteles de oro, y las almenas  
De varios lazos y molduras llenas.

En tres órdenes de arcos va subiendo  
El vuelo de la máquina vistosa,  
Los revelados altos descreciendo  
Cuanto en materia crecen mas preciosa:  
Por las últimas bóvedas naciendo  
De tres torres la fábrica espaciosa,  
Con balcones, andenes, y pretiles  
En traza varios, y en labor sutiles.

Cien brazas suben de alto las primeras  
Columnas, las segundas son menores,  
Menores y mas ricas las terceras,  
De lazos llenas todas y de flores:  
Las vetas de almendrado jaspe enteras,

En contrahechos brutescos dan labores  
Al cristal, al zafiro, al rubí ardiente,  
Que por las cimbrías vuelan de su frente.

En el redondo cerco, que enlosado  
De alabastro y de pórvido parece,  
Un firme globo en aire fabricado,  
Con variedades mil crece y descrece:  
Y en otras cien colúνας levantado  
De carbuncos un cielo resplandece,  
Con una y otra y otra torre; y dellas  
Las que mas se levantan son mas bellas.

La postrera de todas, que en altura  
A las delgadas nubes se adelanta,  
Con luz de su divina arquitectura,  
Mientras mas se contempla mas espanta,  
Donde en nuevos primores su escultura  
La máquina feliz cierra, con cuanta  
Beldad y gracia puede en esta parte  
Decir la lengua, y alcanzar el arte.

De alados hombres, y en la mano un peso,  
Con que el viento nos pesa de la vida,  
Grave en los males, y en el bien sin seso,

Y siempre en ambas partes de partida,  
El viejo tiempo, universal proceso  
De las edades, carga desabrada,  
De giralda servia en esta torre,  
Que el tiempo vuela adonde su aire corre.

Y al gran discurso del reloj mudable  
Volcando el mundo va de rueda en rueda,  
Y tras él la fortuna, que de instable  
Jamás supo tener la suya queda:  
Yendo en carrera y curso irreparable  
La corta vida humana, hasta que queda,  
Deshilvanando el tiempo lisonjero  
Un dia y otro y otro, en el postrero.

De preciosos colores matizadas,  
Por las salas y patios anchurosos,  
Bellas historias, fábulas preñadas  
De doblados centauros belicosos,  
Del niño amor empresas regaladas,  
De su padre los rayos poderosos,  
Con cuanto el mundo oyó, y la fama gira  
En sus cien ojos si con tantos mira.

Los imperios, gobiernos, monarquías



De Persas, Medos, Griegos y Romanos  
Su crecer y menguar, y las porfias  
De astutos Mirmidones y Troyanos:  
Las sirenas, selenos y arpías,

El Itacense y sus naufragios vanos,  
Niobes, Prognos, Cleópatras, Lucrecias,  
Unas crueles, locas, y otras necias.  
Aquí Augustos, Pompeyos, Scipiones,

Allí Atilas, Yugurtas y Anibales,  
Crasos, Ciro, Mecencios, Licaones,  
Scilas y Marios, Progenes y Tubales:  
Para cada Torcato hay dos Nerones,  
Que siempre es poco el bien, muchos los males:  
Arcos, torres, pirámides, colosos,  
Obras vanas de pechos ambiciosos.

Al fin cuanto en el mundo ha merecido  
En famoso pregon ser celebrado,  
Libre de la polilla del olvido  
Por privilegio y cédula del hado,  
Con eternos buriles esculpido,  
O con pincel divino dibujado,  
En aquel templo esférico servía  
De agradable inmortal tapicería.

Allivos hechos del valor de España  
En cuadros de oro daban resplandores,  
Cuyos colosos de grandeza estraña  
De los mas altos quedan superiores:  
A donde al bronce que la vista engaña  
Su rica estatua dió nuevos primores,  
Con los diestros buriles de la fama,  
Que á eterna duración la suya llama.

«Esta le dijo Apolo, en nombre eterno  
Aquí del tuyo queda consagrada,  
A quien tu duro brazo, ahora tierno,  
Dejará de grandezas coronada;  
Y aunque entre nieblas de un prolijo invierno  
Por estos ocho siglos olvidada,  
Sin la luz volará que ahora tiene,  
Ni esto te entibie, ni tu espada enfrene.

Que apenas de los dos planetas de oro  
La magna conjuncion que ayer se hizo  
En el frio Sagitario al pueblo moro  
Favorable, y su cetro advenedizo;  
A España entero volverá el tesoro,  
Que su infeliz concurso le deshizo,  
Cuando segunda vez tu heróico nombre,  
Como tu espada ahora el mundo asombre.

Digo que cuando el orbe goce desta  
Séptima conjuncion las maravillas,  
Y España en su primer grandeza puesta  
De una silla real haga sus sillars;  
De un ramo de laurel desta floresta  
En una nacera de dos Castillas,  
A vueltas de otros cisnes una pluma,  
Que á tus hechos dará compendio y suma.

Entonces volverá florido al mundo  
Tu nombre con el suyo renovado,  
De los senos sacando del profundo  
Lo que de tí allí tiene escrito el hado:  
Tú serás el primero, él el segundo,  
Ambos de un mismo nombre y un cuidado,  
Tú en hacer con tu espada maravillas,  
Y él con su humilde pluma en escribillas.»

Dijo, y del templo á la famosa fuente,  
Que abrió en un risco la uña de Pegaso,  
En medio el escuadron resplandeciente,  
Que al mundo luz, y fama da al Parnaso,  
Venia Bernardo, cuando á su corriente  
El gajo de una peña torció el paso;  
Saltó el agua al rostro, y al ruido  
Huyó á esconderse cuanto vió dormido.

Hallóse dentro en la sagrada cueva  
Sobre las secas yerbas recostado,  
De que poco antes se hizo cama nueva,  
Y á la dama labró un humilde estrado:  
Y aunque el sueño huyó en bastante prueba  
De no ser todo sueño lo soñado,  
Mojado se halló el rostro del rocío,  
Que al caliente Morfeo volvió frio.

Y bien que no de la agua del Parnaso,  
Era al fin de las ramas y maleza  
De que cercado estaba, y Olfa acaso  
Las sacudió al pasar con la cabeza:

Salió con gusto enflaquecido y laso,  
Dejando de la cueva la aspereza,  
Y con la dama de la suya al lado  
A buscar se dispuso algun poblado.

Por una senda de la selva espesa,  
Que al primer paso sin pensar les vino,  
A buscar el lugar donde atraviesa  
De comun parecer abren camino:  
Y cuando el sol el dia en igual pesa  
A un arroyo llegaron cristalino;  
Que su frescura entre el calor paría  
Deseos de tenerle compañía.

Su alegre sombra, y la encalmada siesta  
La bella china dieron desmayada,  
Y al ruido de la fuente y la floresta  
Entre la yerba en sueño sepultada:  
Y su jóven, el alma en bandos puesta,  
La cabeza en la mano reclinada,  
A pesar de cuidados, el florido  
Prado á un tiempo tambien le vió dormido.

Mas en tanto que al breve sueño un rato  
Del fiel cuidado aloja la memoria  
El sucesor del español Viriato  
De su valor retrato y de su gloria,  
Quiero por principal, ó por ornato  
Al grave asunto desta heróica historia,  
Satisfacer á una pequeña duda,  
Que cobrar podria lengua, aunque está muda.

Yo digo del furor del sueño estraño  
Que á Bernardo alteró la fantasía,  
¿Si fue mágico embuste, ó ciego engaño,  
Que le antojaba ver lo que no via?  
¿Si era fingido ó verdadero el daño,  
Que en los collados del Parnaso hacia  
Aquel monstruoso ejército de gente,  
Rendida al golpe de su espada ardiente?

Los mas condenan por fingido el caso,  
Vana imaginacion, sombras de viento,  
Que sucesos de Musas y Parnaso,  
Mas que historia y verdad, parecen cuento:  
¿Quién jamás vió la fuente de Pegaso?  
¿Quién de Helicon supo el propio asiento?  
Las Musas, y su rubio presidente,  
Sueños de Homero ¿quién los hizo gente?

Solo para quedar soñado es bueno  
El cuento, dice el émulo envidioso,  
Y bien que de alma y de doctrina lleno,  
Causado en lo demás y sospechoso:  
Yo ahora ni lo apruebo ni condeno,  
O sea verdadero, ó fabuloso;  
Lo siguiente es verdad, lo demás quede  
A quien con discrecion juzgarlo puede.

De Peñalonga un real sepulcro antiguo  
Nombre ilustre conserva de Bernardo,  
Y el tiempo de grandezas enemigo  
Su fino jaspe ha vuelto en mármol pardo:  
Este por ser de su valor testigo,  
Y el bulto verde, pecho tan gallardo,  
Y su arnés de enemiga sangre tinto,  
Abrir mandó el invicto Carlos Quinto.

Abriéronlo, y hallaron hecho tierra  
El que antes asombro de los hombres  
Porque del que asombró vivo en la guerra,  
De que sea polvo tú tambien te asombres:  
Al fin cuanto la antigua tumba encierra  
Es eco de los célebres renombres  
Que en el mundo alcanzó su brazo fuerte,  
Y allí volvió ceniza el de la muerte.

Pasó el César despues que á los famosos  
Huesos honra añadió con su presencia,  
Y uno de los que en ojos cuidadosos  
Del sepulcro notaron la escelencia,  
Vió que de aquellos miembros belicosos  
La fria ceniza hacia diferencia,  
Y á la heróica cabeza levantada

Algo de antigüedad daba almohada.

Metió la mano, y encontró de acero  
Un cofre, y retiróla sin sacalle,  
Que la golosa hambre del dinero  
A solas, si oro es, quiere gozalle:  
Volvió de noche, y al que un mundo entero  
Temió, no teme ahora de roballe  
En su quietud un ánimo avariento,  
Que lo suele asombrar con aire el viento.

Sacó del tiempo el cofre consumido,  
Y dentro dél en otro rico de oro  
Vió un libro en sus cubiertas repartido  
A su hidrópica sed largo tesoro:  
Abriólo, y en lenguaje desabrido,  
Aunque en estilo y discurrir sonoro,  
De Bernardo halló, y desta victoria,  
En graves versos una heróica historia.

Dióle avariento premio á su trabajo  
Del escondido cofre el oro fino,  
Y el rico libro por humilde y bajo  
De mano en mano á las de un sabio vino,  
Que un dia á las mias por favor le trajo,  
O en desden, ó en espíritu adivino,  
De que en el mio habia atrevimiento  
Al arrojado antojo de su cuento.

Tomé, y de su amor en los engaños  
Mi ciega juventud entretenia,  
Y notando los nombres y los años,  
¿Si habla, dije, de mí esta profecía?  
Glorias tan altas, casos tan estraños,  
¿Contar sabrá la humilde pluma mia?  
¿Tanto por dicha bajarán el vuelo  
Los que un tiempo volaron por el cielo?

Y entre el temer y osar, un nuevo aliento  
Divino ó natural nació en mi pluma,  
Para hacer, conforme á mi talento,  
Del grande libro una pequeña suma:  
Este es de mi alta historia el fundamento;  
Quien no quiera agraviamme, no presuma  
Que yo para su adorno y elegancia  
Cosa le añada ó quite de importancia.

El sueño fue verdad, y eslo sin duda  
Ser este el no sabido fundamento,  
De que un plebeyo vulgo en lengua ruda  
Tantos groseros poemas siembre al viento;  
Pues para que en fecundo parto acuda  
La madura preñez de un pensamiento,  
Conviene que el ardiente seso alumbre  
De Temis santa la divina lumbre.

Ya en esto de Bernardo el sueño apenas  
Vista y sentidos le dejó encantados,  
Cuando unas voces de alboroto llenas  
De quietos los dejaron alterados:  
Y del corriente arroyo en las arenas  
Una doncella en pasos desmayados  
Caida vió, que llena de agonía  
La ardiente boca de un leon huía.

Llegó el rojo animal sobre la fuente,  
O cebado en la tímida doncella,  
O en insufrible sed, la siesta ardiente  
Del monte le bajase á beber della:  
Dió el español un salto diligente  
Conque al chocar de encuentro le atropella,  
Y de otro golpe con destreza rara  
A un tiempo le destronca y desquijara.

No con mas brío, ni pecho mas gallardo,  
En lo ancho del Nemeo bosque umbrroso,  
De Alcumena solia el gran bastardo  
Un leon destrozor, rendir un oso,  
Ni el que puesto en los signos por resguardo  
Bochornos llueve al mundo caluroso  
Con mas valientes garras mide el cielo,  
Que el que muerto envió Bernardo al suelo

Libre la dama ya del primer llanto  
Conque animaba su veloz huida

Los temores perdió, mas no el espanto  
De aquel valor que le amparó la vida:  
Y ya desahogado el pecho tanto,  
Que aliento dió á la voz enflaquecida,  
«¡Oh valiente maneebo! el cielo al modo  
De tu brazo te dé la dicha en todo,»

Dijo, y al márgen de la fresca fuente  
Con Olfa fue á sentarse, que agradada  
De su gallardo talle, en el presente  
Sobresalto la vuelve reportada:  
Y ella, «¡oh alegre beldad! dichosamente,  
Dijo, del mismo Marte acompañada,  
Bien es tal hermosura y gracia dina  
De ser dueño de joya tan divina.

Y si lo sois, señora, cual sospecho,  
Deste gallardo brazo peregrino,  
Decidme ¿dónde por aquí derecho  
Para mi bien tomastes el camino?  
Si por ventura vais, como sospecho  
A las fiestas de Acaya, yo adivino  
Que Crisalba saldrá del triste aprieto  
En que la tiene un bárbaro sugeto.»

Con nuevas rosas refrescando el mayo  
De ambas mejillas respondió la dama:  
«No sé que sea señora del que trayo,  
Ni que él tenga otro dueño que á su fama,  
Si ya de un sol el poderoso rayo  
Nos ha hecho á él y á mí siervos de una ama:  
De fiestas no sabemos que las haya,  
Que el mar cual veis nos escupió en la playa.»

Bernardo ufano en la sagaz respuesta,  
Que el seso dió de la prudente china,  
¿Adónde, ó por qué fin se hace la fiesta?  
A la doncella pide peregrina:  
A quien ella, «señor, está propuesta  
En Milene, ciudad circunvecina,  
Donde Gloricia por mayor tesoro  
Guarda á Crisalba en un castillo de oro.

Es Crisalba hija del señor de Creta,  
De su tierra heredera obedecida,  
Tierra á quien infeliz virtud secreta  
En tristes llantos tiene consumida:  
De adonde la Alemana huyó discreta  
Con su nieta, que es alma de su vida,  
Y la que en Creta es reina por empresa,  
De Acaya es, antes de heredar, duquesa.

Tiene en Milene córte y real palacio  
De su ancha mar en la espumosa raya,  
Donde con grave pompa en largo espacio  
Lo mejor de sus golfos atalaya:  
Aquí desde el Ligurio al mar Carpacio  
Tributa y da su cristalina playa,  
Para adorno y regalo de su córte,  
Cuanto la Libia encierra, y mira el Norte.

Y aquí de cinco reyes comarcanos  
Pedidas fueron sus alegres bodas,  
El rey de Licaonia, el de Romanos,  
El de Sicilia, el de Corinto, y Rodas:  
Pero su padre con temores vanos,  
Viendo en su daño las demandas todas,  
Con el acuerdo de su astuta abuela,  
Que en el bien de la infanta se desvela,

En el real campo de Milene quiere  
Alegres justas se hagan, donde acuda  
A conquistar mujer quien la quisiera,  
Con lanza que hable, y con la lengua muda;  
Y que sea la duquesa de quien fuere  
Mas valeroso, sin que quede en duda,  
Si su padre le dió ó quitó imprudente  
Esposo mas ó menos excelente.

Es nuestro rey Tifeo advenedizo  
A estas ardientes islas de aquel suelo,  
A quien el encubierto Norte hizo  
Guerra ordinaria de importuno yelo:  
Amor le trajo á Creta, allí su hechizo